

Adolfo Sánchez Vázquez: un maestro de vida

GRISELDA GUTIÉRREZ CASTAÑEDA

Con motivo de un congreso iberoamericano que tuvo por sede la ciudad de Alcalá en septiembre de 2002, numerosos colegas tuvimos la feliz oportunidad de acompañar al doctor Sánchez Vázquez a un merecido homenaje que el alcalde de la ciudad les rindió a los intelectuales republicanos expulsados de su patria, así como al general Lázaro Cárdenas.

Acontecimiento señalado porque a los mexicanos ahí presentes nos dio ocasión para ratificar nuestro afecto sincero y profundo reconocimiento a nuestros maestros del exilio, y un acontecimiento excepcional porque cuando el alcalde hizo el recuento de cómo el gobierno mexicano dio protección al presidente de la Segunda República Miguel Azaña en su exilio y refirió el episodio en que durante sus exequias en la sede de la embajada mexicana en Francia se impidió que su féretro fuera cubierto con la bandera franquista en un acto valiente de respaldo a la República, cubriéndole en cambio con la bandera mexicana, nos despertó un sentimiento de orgullo de ser mexicanos como quizás pocas veces habíamos experimentado muchos de nosotros en tiempos aciagos para nuestro país como los actuales, en los que parece haber tan pocos motivos para enorgullecerse. Un gesto oficial de valentía y dignidad que fue de la mano con otro hecho no menos extraordinario: recibir a una pléyade de distinguidos intelectuales y hombres dignos, quienes vinieron con el dolor y el desgarramiento a cuestas, dentro de esa realidad paradójica que es la historia humana, ellos que se les había arrebatado tanto vinieron a prodigarse, a enriquecer a nuestra sociedad y a nuestra cultura nacional no sólo con su saber sino con su ejemplo.

La emoción en aquella ceremonia era de tal intensidad que muchos coincidimos en darle las gracias al doctor Sánchez Vázquez por haber-

nos dado la ocasión de experimentar orgullo nacional, porque en su condición de transterrado confirmó su aprecio y compromiso con nuestro país, y por habernos dado tanto a sus discípulos con sus enseñanzas.

Refiero este episodio porque dos días después ya en Madrid y a unas horas de regresar a México, no quise perder la oportunidad de visitar una de las primeras exposiciones y conmemoración oficial que las autoridades madrileñas llevaron a cabo para homenajear a los luchadores republicanos y a los maestros del exilio; fueron largas horas que hube de invertir para poder entrar a la sala de exposiciones de la casa de cristal del Retiro y en las que tuve posibilidad de convivir con muchos de los españoles que ahí se dieron cita, entre los cuales había una gran diversidad ocupacional y generacional, con quienes conversé animadamente esas largas horas de espera.

La experiencia fue también movilizadora, por momentos me convertí en la experta que les descubría un continente que les era ajeno, el de la presencia de hombres y mujeres cuyos conocimientos, valores e ideales, integraban un universo del que se vieron privados; me convertí en la conocedora de aquello que para nosotros es tan familiar: el registro de la trayectoria de tan relevantes y queridos personajes, aquellos que siendo los connacionales de mis compañeros de fila, les eran casi, si no es que totalmente, desconocidos; y ya en la exposición me convertí en guía de algunos de mis fortuitos acompañantes al compartirles fragmentos y detalles de aquellos nombres que impresos en pendones colgaban del techo como marco de la exposición, eran los nombres de los creadores y teóricos que siempre hemos sentido como de casa, que integraron y nutrieron nuestro mundo de vida como universitarios y que siempre hemos sentido nuestros.

Lo movilizador de esta experiencia era hacer patente lo que ya sabíamos, que venían de fuera, que su presencia aquí había sido resultado de un desgarró provocado por la violencia autoritaria, la arbitrariedad y la intolerancia, que esa rasgadura había dejado un hueco, un vacío en la memoria histórica de los españoles, y que la presencia de guías como Sánchez Vázquez, que nos acompañaron desde nuestros años de formación, con su constancia, responsabilidad y congruencia, es una vivencia tan incorporada que cuando yo les daba cuenta de él a aquellos españoles todo parecía quedar descolocado, la presencia de nuestro

maestro que para ellos era ausencia, una pertenencia de su obra y su ejemplo que para mis escuchas era carencia, una identificación con el intelectual y con la persona que para ellos era extrañeza, la cercanía y afecto con el maestro, colega y amigo que para ellos era distancia, de alguien que paradójicamente era de los suyos.

Expongo estas experiencias porque más allá de lo mucho que me signifiquen, rebasan lo personal y son un horizonte que compartimos muchos y nos vincula profundamente, porque es un horizonte que nos da cuenta de un hombre y su circunstancia, de un maestro al que le reconocemos su labor académica ampliamente, pero al que no podemos justipreciar debidamente sin sopesar esa circunstancia.

Para los jóvenes que llegamos en los años sesentas y setentas a la universidad buscando cauces para nuestras inquietudes de cambio y respuestas para nuestros ánimos de justicia social, y dolidos e indignados por la violencia autoritaria que el régimen mexicano ejerció contra nuestros sueños y nuestros derechos en el 68 y más tarde en el 71, encontrar un espacio de libre pensamiento, como el que intelectuales de la talla de Sánchez Vázquez junto con otros de sus compatriotas habían construido, fue de los mayores acontecimientos que hasta entonces nos hubiesen ocurrido en la vida.

La conjunción de variables no podía ser más propicia, Sánchez Vázquez, encarando todas las resistencias e incomprendiones, había contribuido a impulsar una de las aperturas más relevantes de nuestra universidad, la incorporación del estudio y discusión de la teoría marxista; el mérito de esta tarea quizás no se ha apreciado suficientemente, pues no fue meramente ampliar el espectro de la currícula, no, el aporte consistió en afirmar el verdadero sentido de la pluralidad, la libertad, la crítica y el compromiso social sin los cuales una universidad no se puede preciar de serlo. El doctor Sánchez Vázquez no sólo era congruente consigo mismo al afirmar su ideario y sus convicciones, era además un académico comprometido con su universidad, y en esa confluencia era el ejemplo que justamente los jóvenes de entonces estábamos buscando.

Sus enseñanzas, ya fueran en el seno de sus clases o a través de sus libros, nos daban elementos teóricos para procurar entender nuestra realidad social y política, para aprender a practicar un pensamiento crítico y una plataforma en la cual sustentar nuestras inconformidades

con el *statu quo*. Y por si eso no fuera bastante, su trayectoria de vida personal y política nos infundía el respeto y el aprecio por lo que es ser un hombre cabal, y nos inspiraba por su valor personal ante la adversidad, sentimientos de profundo reconocimiento e identificación con principios como la congruencia, la valentía y algo no menos fundamental: el sentimiento y la capacidad de indignación ante el abuso, la mentira y la injusticia.

Nunca limitó su magisterio al salón de clase, en efecto, para los entonces jóvenes que teníamos tanto que aprender tuvimos la oportunidad de apreciar cómo su ejemplo y enseñanzas se proyectaban siempre a espacios más amplios; recuerdo cuando asistí por primera vez, siendo alumna todavía, a uno de los congresos nacionales de filosofía en el que nos dio una lección de probidad intelectual, como tantas que nos ha dado a lo largo de su vida a los jóvenes y a sus propios colegas; tomó la palabra y con firmeza y honradez discutió públicamente las simulaciones y deshonestidad intelectual que se hacían pasar por disertaciones filosóficas, un gesto con el que no daba lugar a las complicidades que tanto daño le hacen a la vida académica y a las instituciones.

Pero a hechos semejantes, que muchos seguimos recordando, se suman otros tantos en los que Sánchez Vázquez, con prudencia y respeto pero con valentía, siempre manifestó, como lo sigue haciendo, sus desacuerdos y críticas con aquellos planteamientos que a su juicio eran errados o falaces, sin importar la jerarquía de quienes los sostuviesen, y siempre haciendo gala de argumentaciones sólidas y razonamientos sustentados. Ya como jóvenes profesores pudimos participar en la rica vida colegiada impulsada por él junto con otros profesores del Colegio de Filosofía; eran reuniones en las que aprendimos que a la academia “nada de lo humano le es ajeno”, pues junto con los temas estrictamente académicos nos convocaba la discusión tanto de asuntos y problemas universitarios, como de carácter nacional o internacional, discusiones acompañadas de tomas de posición y pronunciamientos públicos, en las que sus intervenciones siempre fueron una guía, y no menos ante los conflictos que llegaron a surgir en nuestra comunidad y que por momentos nos dividieron profundamente.

Como cuando participamos en la creación de una opción política como la del sindicalismo independiente en la universidad, una experien-

cia que puso de manifiesto la complejidad y diversidad teórica y política de nuestra comunidad académica, fueron hechos en que la universidad fue puesta a prueba, y también los lazos que nos vinculaban como comunidad; facultades como la de Filosofía y Letras vivieron momentos muy tensos, la polarización que tenía manifestaciones de lo más diverso se condensó en nuestro caso en el bloque de los latinoamericanistas, los metafísicos y los cuartopiseros, es decir, los analíticos, frente a los marxistas; fueron experiencias muy arduas ante las que Sánchez Vázquez, con la congruencia que siempre le ha caracterizado sin menoscabo de independencia teórica y política, siempre nos dio lecciones de alta política haciendo gala de prudencia, y su voz ecuánime representó entonces y sigue significando un pilar, un referente ético capaz de moderar los excesos y torpezas de los contendientes.

El gran respeto que siempre me ha merecido no fue obstáculo para que al ser invitada como una de las comentaristas de la conferencia que él presentó en una reunión académica en Oaxtepec a principios de los ochentas, yo me permitiera expresar mi independencia intelectual del maestro y, sobre todo, tener un gesto de arrogancia juvenil, que generó reacciones entre mis otros profesores, quienes no dejaron pasar la ocasión para reconvenirme. Sánchez Vázquez, en cambio, como todo un teórico, replicó a mis críticas con las que desde luego estaba en desacuerdo, y al final de la sesión en la que experimentaba la turbación propia a mi inexperiencia en tales lides, hice acopio de fuerza y no quise dejar pasar la ocasión para tantear el terreno y ver en qué condiciones había quedado nuestra relación; él, como todo un maestro, me devolvió el alma al cuerpo diciéndome que hacer filosofía era aprender a debatir, y que eso era lo que habíamos hecho, con lo cual su lección me infundió la confianza y la convicción de mantener las ideas propias y no declinar el expresarlas.

Cuando junto con muchos de mis compañeros de generación fuimos invitados a hacer nuestros pininos como profesores en el recién fundado CCH, con todo y nuestra inexperiencia a cuestas salimos airoso en nuestros cursos de ética, estética, historia y filosofía de la historia, al tener sus libros como una plataforma teórica indispensable; aun cuando nos aventuráramos por propuestas teóricas diversas, su obra siempre era un referente que nos servía de faro para no extraviarnos en el camino.

En los momentos en los que muchos de los que nos formamos en el marxismo vivimos uno de los más profundos sacudimientos de nuestro horizonte teórico y político, ante la crisis del eje socialista y del cuestionamiento radical al pensamiento marxista, Sánchez Vázquez, con toda la entereza, se dio a la tarea de entrar de lleno al debate, a defender con convicción y profesionalismo el valor crítico irrenunciable del pensamiento marxista, desmarcándose de las ortodoxias y los totalitarismos; una ardua tarea por donde la queramos apreciar, una tarea de autoanálisis y autocrítica, lo cual no es fácil, pues ello implica un agotador trabajo de actualización para estar a tono con las nuevas formas de tematizar y problematizar las cuestiones y, sobre todo, una tarea a contracorriente, en un clima intelectual y político adverso, al punto incluso de la intolerancia, como aquellas jornadas organizadas por el grupo *Vuelta* en las que en solitario dio la batalla contra el bloque de los entonces detentadores de la verdad.

Hechos como éstos se agolpan en mi memoria y son innumerables. Referiré uno último porque en algún momento tengo que concluir esta intervención, uno muy personal pero que lo pinta a él de cuerpo entero; cuando terminé mi tesis de licenciatura que versaba sobre *El capital* de Marx, me acerqué a él con toda la timidez del mundo a proponerle si quería ser jurado de mi examen profesional, me manifestó su interés pero también su extrañeza, cómo era posible que si yo trabajaba esos temas, me dijo, no había sido alumna de él en sus cursos, no atiné entonces a darle una respuesta; años más tarde, cuando me disponía a hacer la tesis doctoral, tomé la decisión de pagar mi asignatura pendiente; alguien de quien tanto había aprendido y sigo aprendiendo tenía que ser no sólo para mis adentros sino formal y públicamente mi maestro, así que le pedí que fuera mi director de tesis, invitación a la que accedió gustoso, y entonces pude apreciar una veta más que me conmovió profundamente, y me sigue mereciendo la mayor consideración a su persona y a su magisterio, pese al desacuerdo que tenía con algunos de mis planteamientos y que discutimos profesional y maduramente en mi examen de grado, constaté en su condición de maestro su capacidad de respeto al crecimiento, al trazo de los caminos propios de sus discípulos, dando muestra de su gran generosidad y sabiduría, por ello no puedo menos que afirmar que Sánchez Vázquez es un maestro de vida.